



gas en aquellas constantes tertulias de una manera franca y descarada, si se hacian alusiones encubiertas que no dejaban duda alguna de que su prestigio entre aquella gente andaba por los suelos. Se habia manifestado débil con los militares cediendo en algunas de sus disposiciones y esto lo habia perdido. La manera que se empleaba mas frecuentemente para zaherir al virey, era elogiar mucho á Calleja, elogiarlo de un modo extravagante, y como se sabia muy bien que de tiempo atras venian inconformes en muchos puntos relativos á la campaña, resultaba que con los desmedidos elogios al Jefe del Ejército, Venegas quedaba en ese punto de vista de lo mas desairado que pueda imaginarse.

Al tercer dia, el conde de Casa Tul, que era uno de los coroneles que se encontraban con mando de cuerpo en el ejército, fué acompañado de seis oficiales para prevenir al virey de la visita que Calleja habia determinado hacerle aquella noche. Venegas se hizo disimulado ante aquel boato que no era usual, en donde no habia autoridad superior á la suya, y contestó que el general seria bien recibido á la hora que se presentara, y fuera para deslumbrarle ó para que la entrevista tuviera mas formalidad, mandó que se iluminara todo el palacio, que en la sala principal se pusieran los muebles y coladuras de lujo y que la guardia tuviera bien limpias sus armas y sus vestidos, escogiéndose el mejor personal de la guarnición.

Al oscurecer se oyeron resonar en el piso de la calle las carrozas que llegaban en número respetable, entrando la que conducia á Calleja hasta el pie mismo de la escalera de honor, privilegio que aunque insignificante, no podía disfrutarlo mas que el virey; pero no se reparó en ello, y antes bien fue recibido allí mismo por los militares de servicio que lo acompañaron haciéndole objeto de grandes distinciones.

Llegó con su séquito al departamento vireinal, las hojas de la puerta se abrieron de par en par y á su vez en el gran salon en que iba á tener lugar la conferencia, fué recibido por el maestro de ceremonias y otros personajes.

Venegas, aunque estaba completamente listo y fué avisado en el acto, se hizo esperar unos cinco minutos y en seguida apareció por la puerta del fondo entre guardias y seguido de su secretario. Traia consigo todas sus banderas, condecoraciones e insignias de la autoridad suprema que representaba.

Tendió la mano á Calleja manifestándose afectuoso y lo hizo que subiera con él las gradas del trono. Las demas personas se quedaron abajo formando dos anchas alas.

—Pueden vdes. tomar asiento, les dijo el virey luego que él y Calleja se hubieron sentado, él en el gran sillón de terciopelo destinado á los vireyes y el general en otro que estaba á su derecha un poco mas abajo.

—¿Qué tal sigue su señoría de la salud? le pregun-

to en seguida, ¿se ha mejorado de la caída que sufrió y que tanto he sentido?

—No fue gran cosa, excelentísimo señor, una lastimada ligera en el cuerpo y un golpe en la cabeza que es el único que me ha hecho sufrir.

—Sí, supe que el caballo de D. Judas.....

Calleja lo interrumpió luego, diciéndole:

—Se asustó y dió con los dos en tierra; pero ya digo que ni uno ni otro sufrimos el daño que pudimos haber sufrido en esos momentos.

—Pues ya que está buena la salud de su señoría, de lo cual me regocijo, es tiempo de que hablemos de algunas cosas que me traen un tanto cuanto preocupado.

—Diré á vuestra excelencia, se apresuró á contestar Calleja, que mi salud, en los términos generales en que lo dice su excelencia, no está no solo buena, sino perdida: pues me aquejan males interiores que cada día se recrudecen mas, y son los que me obligan á separarme por el tiempo que sea preciso y que vuestra excelencia me conceda, de las fatigas del servicio militar.

—Volvemos á las andadas, Sr. Calleja? Yo creía que era un punto terminado el de su renuncia, á la que accedí con resistencias y mucho desgano, sin dar ascenso ninguno á los gefes de su ejército; pero ellos mas que nadie son los que se oponen á la separacion de su señoría, y creo que son los que le obligan á continuar con un mando que mucho le pe-

sa, ya lo sé, pero en el que están igualmente vinculados los intereses de la patria.

—Ya que vuestra excelencia me ha tocado este punto, voy á ocuparme de él hasta que lo dejemos bien deslindado. Vuestra excelencia comprende con su clarísima capacidad, que si bien estoy algo cansado con las rudas fatigas de la campaña, estas las sobrelleva con paciencia si me encontrara ageno á todo resentimiento personal.....

—¡Oh!....

—Permítame vuestra excelencia continuar para que una vez oidas mis razones me diga las suyas y de ese modo podamos entendernos.

—Ya escucho.

—Doy por repetidas palabra por palabra las que tuve el honor de dirigir á V. E. en mi última nota, manifestándole que he sido el único jefe español que ha abandonado sus intereses y su familia; que de la nada ha formado ejércitos para deshacer las mas grandes masas revolucionarias, que no ha molestado la atencion del gobierno con impertinentes pretensiones y que ha procurado el lleno de su deber aun mas allá de donde se lo han permitido sus fuerzas. Sentados estos preliminares, me era dado esperar, ya que no obtener otra recompensa que la de los laureles que pudieran proporcionar una serie de triunfos no interrumpidos, siquiera el ser escuchado en mis opiniones espresadas desde el teatro de los sucesos y con el conocimiento de la situacion, sin mas mira que el me-

por éxito en los movimientos militares, con tanto más derecho cuanto que en las veces, muy pocas desgraciadamente, en que se ha seguido mi parecer se han obtenido los mejores resultados; me era dado esperar, repito, que se me oyera y al menos se me convenciera de error si estaba errado, pues nunca ha sido mi guía la obstinación y debo añadir que lo que menos me esperaba era que se formaran aquí de mí los juicios más desfavorables, no solo desechando mis indicaciones, sino contrariándolas abiertamente, como ha sucedido cuando se me estrechó á dar el ataque de Zitácuaro que solo de casualidad pudo salir bien y cuando se me repitieron las órdenes de que marchara á proteger á Poitiers, lo cual, como ha sucedido, no podía traer más que el maltrato de mis tropas, sin provecho de ninguna especie. Cuando veo, pues, que ya no se me tiene confianza, que no se acuerda el menor premio para los hombres que me acompañan y que de tiempo atrás vienen sacrificándose en aras de la estimación particular que me profesan, he creído como el partido más prudente para no embarazar la marcha del gobierno, separarme de su servicio, y más ahora que no puedo hacerle ninguna falta, teniendo como tiene jefes expertos y bizarros que podrán mejor que yo, ó al menos con más acatamiento, obedecer las órdenes que reciban, sin ponerse á reflexionar si son ó no convenientes, por lo mismo que no tienen la experiencia que yo he adquirido en esta revolución. Esto quería, esto deseaba expresar á vuestra excelencia personalmente y nombrándole

juez de mi causa, deseo que resuelva si tengo ó no justicia.

—No es nuevo nada de lo que Su Señoría acaba de decirme, dijo el Virrey Venegas, aparentando la mayor calma, ya una parte me lo ha dicho en sus notas y la otra la tengo adivinada; pero en la situación violenta en que estoy colocado y con las nuevas y amplísimas autorizaciones que tengo recibidas de España, debo proceder y realmente procedo, como entiendo que sirvo mejor á los intereses del reino. Por eso me empeño, y ahora tengo que empeñarme más que nunca, en que no sea otro más que Su Señoría el que vaya á hacer esta última campaña contra Morelos, teniendo presente únicamente dos cosas: sea la primera, que los momentos son demasiado críticos para que se entienda que hay alguna desavenencia entre nosotros, lo cual desmoralizaría á las tropas reales más de lo que están desmoralizadas; sea la segunda, que aunque tengo á mi disposición militares muy peritos y muy arrojados, como el Mariscal Jalon, Ilizarri y otros, ninguno conoce como Su Señoría la táctica de los insurgentes, y tal vez hoy sea el único á propósito para vencer á Morelos, que tiene dones especiales para la guerra y que realmente ha venido arrollando todos los obstáculos que se han puesto á su paso.

—Es que he sabido que V. E. ha ofrecido el mando de mi Ejército á ese mismo Jalon y á otros, que no han querido aceptarlo,

Venegas estuvo á punto de estallar, pero haciendo

un esfuerzo sobre sí se contuvo y contestó reposadamente.

—Es falso: he hablado de proyectos de reorganización de todas las tropas, para poder dar algun mando á los jefes que no lo tienen, pero no he pensado mas que en Su Señoría para la campaña de Cuautla, y la prueba es, que aquí le tengo escrito un plan de operaciones que pongo desde luego en sus manos para que lo examine y me diga su parecer.

—Lo veré, contestó Calleja distraidamente tomando el papel.

—En cuanto á los premios de que venia quejándose antes Su Señoría, tengo que decirle que de tiempo atrás están acordadas las medallas para los vencedores de Aculco y Calderon, las cuales no habian sido terminadas, pero aquí están ya y mañana si Su Señoría quiere las repartiremos.

—Las medallas son honoríficas y serán recibidas con gusto; pero considero que mis oficiales merecen despues de un año de combates y fatigas, algo mas que una medalla.

—He hecho las propuestas de ascensos al Gobierno de España y todavía no recibo contestacion.

—El Exmo. Sr. Virey tiene amplias autorizaciones para todo, y si no las tuviera podria siempre otorgar los ascensos siquiera con las reservas de interinos mientras se pedia la aprobacion.

—Mañana me ocuparé en formar la lista de premios, pudiendo anunciar desde luego á Su Señoría

que ya tiene extendido su nombramiento de Mariscal de Campo.

Calleja hizo una mueca: queria decir con ella que traía á sus órdenes dos ó tres mariscales de campo y que de mas halago le hubiera sido el despacho de Capitan General, aunque hasta entonces hubiera sido privativo del Virey.

—De todos modos, continuó diciendo Venegas, siempre espero que Su Señoría me indique la manera en que debo dejar á todos conformes, pues temo que se despierten los celos y las envidias entre los jefes y oficiales con motivo de las recompensas.

—Eso no puede evitarse, Exmo. Sr., dijo Calleja haciendo una cortesía profunda ante el Virey al tiempo que se levantaba para retirarse.

Todos vieron esto y tambien se levantaron.

El Virey se quedó sentado y muy pensativo.

—De manera, dijo despues de unos segundos de reflexion, que Su Señoría estará dispuesto para la marcha.....

—Si V. E. no acepta mi renuncia, el dia que lo disponga, contestó Calleja encogiéndose de hombros.

—Gastaremos dos dias en la reparticion de las medallas, cuatro en estender los nuevos despachos y otros dos en los preparativos. Total: ocho. Saldrá entonces Su Señoría de aquí á ocho dias sin falta.

—Saldré, contestó Calleja inclinándose.

Entonces el Virey le tendió la mano, aquel se la estrechó militarmente y dejando el sitio que habia ocupado bajó las gradas, hizo una segunda reverencia que

fué secundada por todos sus acompañantes y salió del salon formando el estrépito consiguiente. El Virey se levantó tambien de su asiento y se introdujo á sus habitaciones.

Inútil es decir que ni uno ni otro quedó satisfecho de aquella entrevista.

Una vez que el Virey se vió casi arrastrado á conceder gracias, de las que era muy avaro, no quiso dejar á ninguno sin su parte y desde Calleja y Cruz, á quienes hizo mariscales de campo, promovió al grado inmediato á los oficiales todos que estaban al servicio del vireinato en los diversos cuerpos del Ejército, lo que desagradó á los del centro que se creían los únicos merecedores de recibirlas. Y tanto estos como los que habian estado sirviendo mas ó menos activamente desde que se inició la insurreccion, se disgustaron en gran manera por las promociones que se hicieron en los que acababan de llegar de España que no tenían conquistados ningunos méritos.

Calleja reunió á los jefes de sus cuerpos el día siguiente y mandó leer delante de ellos el plan de campaña que le habia dado Venegas conforme al cual deberian operar sobre los insurgentes tres cuerpos de Ejército, el de Puebla mandado por Llano, el del centro mandado por el mismo Calleja, y el de Porlier que habia sido reforzado en Toluca, dándose por un hecho que entre los tres habian de acabar con Morelos, con la Junta de gobierno que presidia Rayon y con todos los independientes.

Calleja se sonrió con ironía y dijo:

—Esto es lo que nos manda el Virey: ahora vamos á ver lo que podemos hacer nosotros.

Se hicieron en grande los preparativos de marcha, y el 12 se formó un campamento en los llanos de San Lázaro que fué visitado por la poblacion. Calleja seguido de una fuerte escolta y de un numeroso acompañamiento de jefes y oficiales se dirigió al Palacio el día siguiente para despedirse del Virey.

—¿Qué tal está mi plan de operaciones? le preguntó

Calleja se sonrió y dijo á Venegas.

—Que Dios guarde la salud de V. E. por muchos años.

El Virey vió alejarse al mariscal de campo y no pudo contener en esta vez su rabia, así es que varias personas lo oyeron decir:

—Este no es mas que un fátuo afortunado.

Por su parte Calleja dijo al oido del Conde de Casa Real:

—Este Virey es un imbécil que quiere ganar victorias desde su despacho, y lo peor es que las gana porque hay otros mas imbéciles que se las regalan.